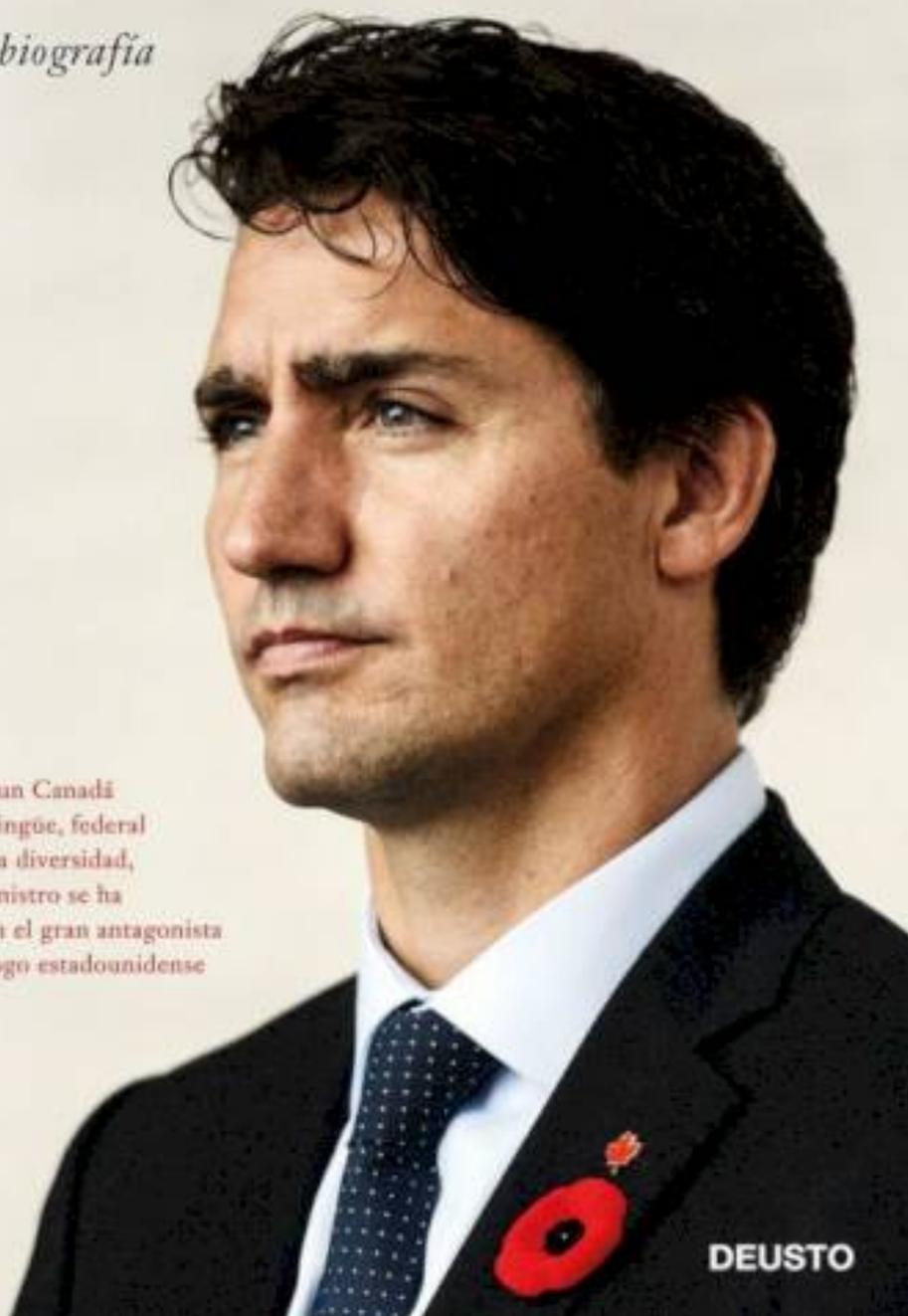


Todo aquello
que nos une

JUSTIN TRUDEAU

Mi autobiografía

Defensor de un Canadá moderno, bilingüe, federal y basado en la diversidad, su primer ministro se ha convertido en el gran antagonista de su homólogo estadounidense



DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Prólogo

1. Mi infancia en el 24 Sussex

2. Crecer en Montreal

3. De camino al Este, acabé en el Oeste

4. El bosque es hermoso, oscuro y profundo

5. Dos decisiones que cambiaron mi vida

6. Papineau: política desde abajo

7. La vida como un parlamentario novato

8. El camino hacia el liderazgo

9. Esperanza y trabajo duro

Anexo: Discursos seleccionados

Agradecimientos

Láminas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Las memorias de Justin Trudeau revelan a los lectores las experiencias que lo han moldeado a lo largo de su vida y muestran su pasión por Canadá y su gente.

Cubre los años de su infancia en el 24 de Sussex como hijo del Primer Ministro de entonces, una infancia marcada por las dificultades que vivían sus padres como pareja, que acabó en un sonado divorcio, y por una madre de la jet-set con trastorno bipolar. También explica los días como universitario en McGill durante la época tumultuosa del Acuerdo de Charlottetown y sus comienzos en la política, desde su primera campaña en Papineau hasta su papel como líder del Partido Liberal canadiense en la actualidad.

*Dedicado a mi mejor amiga, compañera y alma gemela.
Gracias por todo lo que haces, y por todo lo que eres.
Je t'aime, Sophie*

Prólogo

El 19 de octubre de 2015, más de 17,5 millones de canadienses votaron en las 42.^a elecciones generales. El resultado arrojó la derrota del Partido Conservador gobernante, que llevaba en el poder desde 2006. También señaló el resurgimiento del Partido Liberal, que pasó de 36 escaños en la Cámara de los Comunes a tener 184, alcanzando la mayoría gubernamental y eligiendo a Justin Trudeau como el vigésimo tercer primer ministro de Canadá.

El 19 de octubre fue un día importante en Canadá. Los canadienses eligieron un gobierno muy diferente al que llevaba diez años en el poder. Y la elección no pudo ser más clara.

Nuestros principales adversarios en las elecciones de 2015 presentaban una visión que desde entonces ha pasado a ser prevalente y familiar en demasiados lugares. Se trataba de una visión desconfiada y cerrada que incitaba a la división e intentaba que aumentara la inquietud de la gente por su seguridad, sus trabajos y su futuro.

Ofrecimos a los canadienses una opción radicalmente distinta. Desde el principio, edificamos una visión positiva de Canadá, basada en la creencia fundamental de que la diversidad es una ventaja y no un inconveniente; que la apertura al comercio y la inmigración puede generar crecimiento económico que puede beneficiar a la gente común; y que Canadá puede ser una fuerza de cambio comprometida y constructiva en el mundo.

Y los canadienses respondieron, eligiendo la esperanza en lugar del miedo, la diversidad en lugar de la división. Escogieron ser un país abierto y comprometido, no uno cerrado y aislado. Pero sobre todo, a pesar de los desafíos, expresaron su optimismo respecto a nuestro futuro, así como su confianza en nuestra habilidad colectiva para construir un país mejor y más próspero para nosotros y para los demás.

Desde entonces, y por diversos motivos, gente de todas partes del mundo parece interesarse de un modo poco habitual en nuestro gobierno. Toman nota de un país que tiene la positiva confianza para rechazar una preocupante tendencia mundial. Como dije en el mayor mitin de nuestra campaña, siempre es posible algo mejor.

En la medida de nuestras modestas posibilidades, esperamos que nuestro mensaje encuentre un hueco en los corazones de la gente del mundo entero.

* * *

Llevo poco más de once meses como primer ministro cuando escribo estas líneas. El ritmo y las exigencias de mi tiempo son más o menos lo que uno esperaría, pero eso sólo ha servido para poner aún más de relieve uno de los mayores desafíos de este trabajo: mantener los pies en el suelo, en contacto con la gente, y centrarse no sólo en lo que es urgente, sino en lo que es importante.

Y para mí la solución es doble: en primer lugar, creo que hay que salir de la burbuja de Ottawa y hablar con gente de verdad acerca de sus vidas. Ya sea charlar durante unos minutos con algún recién llegado a un evento, participar en una mesa redonda con pequeños empresarios sobre los desafíos a los que se enfrentan, o responder a las preguntas de los jóvenes en un instituto o universidad, o poder escuchar directamente de la gente por la que fui elegi-

da para servirles es un recordatorio útil de que no todo el mundo presta especial atención a lo que se haya debatido en el Parlamento aquel día.

Y en segundo lugar, hacer del tiempo en familia una prioridad. Veréis, realmente siento que el hecho de estar presente, comprometido y allí para Sophie y los niños no sólo me hace ser un mejor padre y marido, sino que hace que sea mejor en mi trabajo como primer ministro. Las tardes en las que superviso los deberes y meto a mis hijos en la cama, o los apacibles domingos por la mañana en los que la decisión más importante que hay que tomar es decidir si vamos de excursión a pie o en canoa después de desayunar, me procuran la descansada claridad mental necesaria para actuar con buen criterio.

También me ayuda a recordar que, en términos ideales, no estoy desempeñando esta labor a pesar de mi joven familia, sino gracias a ellos.

Desde luego, el reto adicional es que este primer año ha estado repleto de viajes internacionales, además de tener que cruzar el país de un lado a otro, lo cual forma parte del puesto. Sólo diez días después de la ceremonia de toma de posesión en Ottawa, acudí a la reunión del G20 en Antalya, Turquía. Y de ahí a Manila, para asistir al Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico. Una semana más tarde, Sophie y mi hija Ella-Grace se unieron a nuestra misión en Londres. Cerré el mes con visitas a Malta, para un encuentro de jefes de gobierno de la Commonwealth, y a París, para las negociaciones finales del acuerdo internacional de las Naciones Unidas sobre el cambio climático. Desde entonces, también he dirigido delegaciones en Suiza, Japón, Polonia y Ucrania, he llevado a cabo múltiples visitas a Washington y Nueva York, y realizado mi primera visita oficial a la República Popular China.

Algunos han criticado tan ocupada y temprana agenda de viajes en mi mandato del gobierno, pero sé que era lo que había que hacer. El lugar de Canadá en el mundo —

tanto en términos de nuestros compromisos militares y de ayuda humanitaria, nuestras balanzas comerciales o nuestra reputación internacional— tiene una repercusión real y significativa en la vida de los canadienses. Si bien a activistas y políticos les gusta decir que «el mundo necesita más Canadá», es ésta una relación que funciona en ambos sentidos. Necesitamos al mundo tanto como él a nosotros.

A menudo oímos que la gente se muestra escéptica respecto a la política, que no creen en la habilidad de los políticos para representarlos; sin embargo, cuanto más hablaba con la gente durante nuestra campaña, y ahora en el gobierno, más evidente era que los canadienses están cansados de ser cínicos. Que quieren creer en los ángeles que llevamos dentro. Para estar a su altura, nos arriesgamos a llevar a cabo una campaña que creía en las personas.

Es ésta una lección que se aplica en todo el mundo, a pesar de los esfuerzos de algunos de convencer a los votantes de lo contrario. Esperar lo mejor de la gente no es algo exclusivo de Canadá. Tampoco lo es confiar en que los ciudadanos hagan lo correcto. Lo único que hicimos de manera diferente fue garantizar que nos centráramos en todas las políticas que considerábamos arraigadas en los valores que los canadienses nos habían dicho que más importaban.

La igualdad de oportunidades es uno de esos valores. Creo que no puede haber verdadero progreso sin una visión económica diseñada para proporcionar a todos los ciudadanos una verdadera y justa posibilidad de alcanzar el éxito. En el último siglo fue la creciente y optimista clase media la que construyó un país mejor, no sólo para ellos sino también para sus hijos y para todos. Debe fomentarse este logro, razón por la que hemos hecho de la consolidación y crecimiento de la clase media nuestra principal prioridad.

La apertura y la transparencia son otros de los valores que los canadienses aprecian, y deberían ver más en su gobierno. En Canadá, significa buscar nuevas formas de hacer

que la participación del ciudadano en nuestra democracia sea más significativa. Pero creo que todos los gobiernos pueden beneficiarse de una actitud más abierta y transparente.

Lo mismo puede decirse de la igualdad de género. Los canadienses entienden que el modo de construir comunidades fuertes y una economía sólida es promoviendo la plena participación de las mujeres y jóvenes. Esto es así en el mundo de los negocios, y también en la vida pública. Cuando nombramos un gabinete paritario —el primero de Canadá—, fue porque queríamos un gobierno que reflejara a los canadienses. Uno que adoptara las mejores decisiones para todos nosotros.

La cooperación es otro de los valores canadienses que rige en todas partes. Ya sea prestando ayuda humanitaria cuando acontece un desastre natural, o trabajando de manera proactiva con aliados internacionales para hacer frente a los desafíos y problemas mundiales como el cambio climático, sabemos que somos más eficaces cuando trabajamos con otros en pro de un objetivo convergente. El trabajo en común siempre gana al que se hace en solitario.

Sin embargo, de todos los valores que han impregnado mi vida —desde mis años de infancia en Ottawa y mis viajes de juventud hasta mi papel actual como primer ministro—, encontrar la fuerza en la diversidad es una creencia canadiense fundamental y entre las más importantes que podemos compartir con el mundo a la vez que la impulsamos en casa. Los canadienses sabemos que somos cultural, política y económicamente más fuertes debido a nuestra diversidad, y que debemos dar la espalda al miedo y a la sospecha para garantizar que esto siga siendo así. No debemos ni podemos permitir que el temor nos frene en una toma de decisiones difíciles pero necesarias. No podemos ignorar el hecho de que el miedo tiene una incidencia real en la vida de la gente, rara vez positiva.

De ahí que debemos hacer cuanto esté en nuestras manos, en Canadá y en todo el mundo, para mantener viva la esperanza. Para recordarnos que las personas suelen ser más amables que crueles. Que son generosas, abiertas de mente y optimistas. Es a estos instintos a los que debemos apelar, respetando nuestras diferencias pero siendo siempre conscientes de los puntos comunes que compartimos y del bien común que podemos construir cuando trabajamos juntos.

1

Mi infancia en el 24 Sussex

Un comienzo apropiado para mi historia puede hallarse hace más de un siglo en la ciudad de Banff, en la poco poblada costa oriental de Escocia conocida como Aberdeenshire. Un día, en 1911, un maestro del lugar y ávido pescador llamado James George Sinclair se acercó paseando con algunos amigos hasta un arroyo cercano, en cuyas aguas lanzó el sedal de su caña de pescar. Casi de inmediato se abalanzó sobre ellos un guarda forestal que les acusó de estar pescando de forma ilegal, pues la vía fluvial era «propiedad», de un extremo a otro, de un noble de la localidad.

Las leyes feudales del uso de la tierra aún sobrevivían en el siglo xx en Escocia y otras partes de Europa, y las penas para los infractores podían ser duras. Si pillaban a James intentando robar al señor del pueblo otra vez, avisó el guarda, pasaría una temporada en la cárcel.

James y sus compañeros recogieron sus cosas y se encaminaron a sus casas a través de la pradera. James se quejó: «Si no puedo pescar, no puedo vivir». Uno de sus amigos empezó a describir una tierra completamente abierta para ellos, un precioso lugar en donde abundaba la caza y «ningún noble es dueño de los peces». Había leído sobre ese lugar en un libro, dijo. Se trataba de una tierra maravillosa, a más de seis mil kilómetros, al otro lado del Atlántico y en la parte más lejana de Canadá. Un sitio llamado la «Columbia Británica».

Unos meses después, James George Sinclair, su mujer Betsy y su hijo de tres años Jimmy se hallaban a bordo de un barco rumbo a Canadá. Encontraron mucho más que peces en la Columbia Británica. Su nuevo hogar era una tierra de oportunidades donde si uno trabajaba duro obtenía sus frutos, sin importar cuál fuera su acento o sus ancestros. A lo largo del siguiente medio siglo su hijo Jimmy se hizo ingeniero, consiguió una beca Rhodes para estudiar en la Universidad de Oxford, sirvió como oficial en las Fuerzas Aéreas Canadienses durante la segunda guerra mundial, fue elegido parlamentario y después ministro, se forjó una exitosa carrera empresarial... y siguió siendo durante toda su vida, al igual que su padre antes que él, un ávido pescador.

Él y su mujer, Kathleen, llamaron Margaret a la cuarta de sus hijas. En la actualidad, Margaret vive en Montreal: es mi madre.

En 1941, mientras Jimmy Sinclair tenía la especial distinción de servir su primer mandato como parlamentario por la jurisdicción de North Vancouver y comandaba un escuadrón de las Fuerzas Aéreas Canadienses en el norte de África, un intelectual francocanadiense se embarcaba en una extraordinaria expedición en canoa de seiscientos kilómetros, de Montreal a James Bay, volviendo sobre los pasos de los *coureurs de bois*, los primeros comerciantes de pieles en la colonia de la Nueva Francia que, a finales del siglo XVII, fundaron la Compañía de la Bahía de Hudson. El viaje atrajo la atención de algunos medios de comunicación. Bajo el titular «Estudiantes se embarcan en una grata travesía», un periódico local enumeró a los seis piragüistas, entre los que había uno llamado Pierre E. Trudeau.

Fue un arduo viaje. Justo lo que mi padre esperaba. «Yo descendía por los rápidos mientras los demás transportaban la carga —escribió en una carta a un amigo—. La comida comenzó a escasear, el transporte era imposible, los rápidos peligrosos... En pocas palabras, la vida se estaba

poniendo bella.» Éste era el prisma a través del cual mi padre veía a su nativa Quebec; como un lugar orgulloso y espléndido repleto de una áspera belleza natural. Siempre creyó que el espíritu que caracterizaba a la provincia surgía tanto de la tierra como del idioma y la cultura.

Como familia, siempre hemos conservado una fuerte conexión con el agua. De hecho, el agua juega un papel fundamental en mi primer recuerdo. Todavía no había cumplido los dos años de edad, envuelto en un mono de nieve viajaba en trineo con mi padre en Harrington Lake, la residencia del primer ministro propiedad del gobierno en Gatineau Park, que era uno de los lugares preferidos de mis padres en el que pasar tiempo juntos. Era diciembre de 1973, y el lago no estaba congelado del todo. Mi madre se detuvo en lo alto de una colina, a punto de reventar con el inminente nacimiento de mi hermano Sacha, y nos animaba mientras mi padre subía y bajaba la pendiente conmigo en un trineo. Cada rápido descenso acababa cerca del arroyo que brotaba del lago, el mismo por el que más tarde remaría.

Tras algunas bajadas y curvas finales, mi padre pensó que era seguro y decidió que podía tirarme yo solo. Dio un empujón al trineo desde lo alto de la colina y salí disparado mientras él y mi madre me observaban. Casi de inmediato, mi padre advirtió un gran problema. Cuando ambos íbamos juntos en el trineo, nuestro peso era suficiente para que sus guías rompieran la corteza helada y redujéramos la velocidad. Pero conmigo únicamente a bordo, el trineo rozaba ligeramente la corteza, más como un patín que como un trineo, y éste empezó a ganar velocidad, dirigiéndose directamente al arroyo. Mientras mi padre echaba a correr tras de mí ladera abajo, mi madre no dejaba de gritar horrorizada, desde arriba: «¡Mi niño, mi niño!».

A pesar de ser tan pequeño, recuerdo con toda claridad el trayecto, que terminó con el trineo medio enterrado en la orilla arenosa y mis manos abiertas y metidas hasta las